



Arzobispo de Madrid

XXXI JORNADA DIOCESANA DE ENSEÑANZA 5 de marzo de 2016

LLAMADOS A EDUCAR EN “AQUELLO QUE MÁS LE AGRADA A DIOS”: LA MISERICORDIA

Queridos hermanos y hermanas:

Al principio de curso os escribía recordándoos que como discípulos de Jesucristo tenemos que salir al mismo camino por el que transitan nuestros contemporáneos. Adentrarse en el camino de los hombres es no perdernos ningún lugar o situación en la que pueda estar cualquiera de ellos, por compleja que resulte. Se hace realidad así lo que nos decía el Concilio Vaticano II: “el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón” (*Gaudium et spes*, 1).

Hay que salir al encuentro de las más diversas situaciones humanas y tratar de sanar sus heridas y aliviar su dolor. Y para ello la medicina que la Iglesia ofrece no es otra que la que Jesús aplicaba a todas aquellas multitudes de personas que, cansadas y extenuadas, lo seguían: *la misericordia*. La misericordia de Dios se revela en todo su esplendor en la figura de Jesús de Nazaret. “Jesús es el rostro de la misericordia del Padre” (*Misericordiae vultus*, 1). Sus palabras, pero sobre todo su vida y sus obras, dan testimonio de ello. Jesús mostró siempre una gran atención hacia aquellos que sufren cualquier tipo de aflicción. Sensible a toda forma de dolor, escucha, cura y perdona a todos.

Como ha escrito el papa Francisco, “la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debe estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia” (*Misericordiae vultus*, 10). En este sentido, la tarea educativa que la Iglesia realiza por medio de la escuela y los educadores cristianos no puede quedar al margen de esta llamada a practicar la misericordia como criterio de credibilidad de nuestra fe.

Permitidme que os señale, ante la emergencia educativa que está presente en nuestra sociedad, tres actitudes que la bienaventuranza evangélica de la misericordia (cf. Mt 5,7) nos está pidiendo a los educadores.

En *primer* lugar, *saber mirar con el corazón*. Un buen ejemplo de ello son los santos educadores. No se comprenderá nada sobre la educación si la reducimos a la

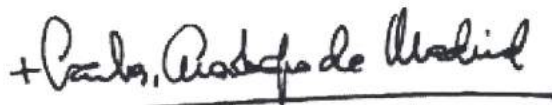
transmisión de determinadas habilidades o al solo aprendizaje de saberes técnicos. Un verdadero educador pone en juego su persona y sabe unir autoridad y ejemplaridad en la tarea de educar a los que le han sido encomendados. La raíz de la actitud pedagógica de estos santos educadores está en la contemplación de la imagen y realización perfecta que encontramos en Jesucristo, en cuya escuela descubren a un Dios que respeta nuestra lentitud y que cree en nosotros. Dice el Papa Francisco: "Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia, con lo cual leía el corazón de los interlocutores y respondía a sus necesidades más reales" (*MV*, 8). Una de las características de ese amor es el saber mirar al que tengo delante. Ahora bien, Dios no ve primero las apariencias, el brillo engañoso del éxito social, sino que ve el corazón de las personas. ¿Qué mirada dirigimos sobre el mundo de nuestros alumnos? ¿Una mirada miedosa, desanimada, o una mirada de personas que se alegra con todas las riquezas latentes de los adolescentes y jóvenes?

En segundo lugar, *la compasión misericordiosa nace de un encuentro*. Como nos recordó Benedicto XVI "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (*Deus caritas est*, 1). Sólo gracias a este encuentro con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Nuestra compasión nace de un encuentro con Dios. En el momento en el que nos damos cuenta de que el Dios que te ama sin condiciones ama también a los otros seres con el mismo amor, se te abre un modo nuevo de vivir, porque llegas a ver con ojos nuevos a los que viven junto a ti en este mundo. Escribe Francisco: "Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros" (*Misericordiae vultus*, 9).

En tercer lugar, *el ejercicio de la misericordia exige estar disponibles*, aunque ello conlleve muchas veces contrariedades en nuestra vida. Según el ejemplo del Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas, se trata de convertirse en "padres" y "madres" en el espíritu, de engendrar a los educandos otra vez: se les engendra ayudándoles a tomar el camino recto en los momentos de crisis y de dificultad. Por eso la misericordia comporta *diálogo y más diálogo*: no enfadarse por algunas reacciones suyas, sino estar siempre dispuesto a recobrar la comunicación. Supone también no ser quisquillosos, no guardársela, saber olvidar los desaires. Para quien comparte esta actitud, y cree en la fuerza del Espíritu, nadie es irrecuperable porque el Espíritu no abandona a nadie.

Espero y deseo que, con ocasión de esta Jornada Diocesana de Enseñanza, se renueve en todos los educadores el compromiso de testimoniar con mayor entusiasmo y convicción el camino del amor misericordioso y compasivo, siguiendo el ejemplo de nuestra madre María, Virgen de la Almudena, la que nunca se cansa de volver a nosotros sus ojos misericordiosos.

Con mi cordial afecto y bendición,



+ Carlos, Arzobispo de Madrid